

LAWRENCE FREEDMAN

LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRATEGIA NUCLEAR

**UN CLÁSICO DEL DEBATE ESTRATÉGICO SOBRE EL ARMA
NUCLEAR**

Por José M^a. Romero Serrano

FREEDMAN, Lawrence. The Evolution of nuclear strategy; IISS, 1981, 1983. Publicaciones MINISDEF, Madrid 1992.

El libro de Lawrence Freedman es un clásico del estudio de la estrategia nuclear. Comprende y se solapa con el periodo de la Guerra Fría. Freedman es un recopilador y ordenador de estudios, ideas estratégicas y doctrinas nucleares formuladas durante la segunda mitad del s. XX. Pertenece a la escuela británica y profesa por Liddell Hart una gran admiración. Su obra está cerrada a principios de los 80, pero esboza los fundamentos de lo que sería la estrategia Reagan, conocida en círculos estratégicos como Estrategia de la Acción.

Freedman indica con claridad el propósito de su trabajo:

«me he centrado en el debate estratégico en Estados Unidos, el más enérgico y fecundo, aunque sin descuidar los debates paralelos en la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China. Mi propósito es ofrecer un tratamiento sistemático y razonablemente amplio de los principales aspectos de la estrategia nuclear»

La obra consta de 522 páginas, distribuidas en 8 partes cronológicas y 26 capítulos. Los argumentos principales son debatidos constantemente a lo largo del libro. La aparición del arma nuclear (AN) es el elemento iniciador, asociado a impacto, shock y conmoción estratégica.

Ante la desorientación estratégica inicial, se escudriñó en los postulados teóricos para determinar los ingredientes de una doctrina del uso del AN, que de inmediato fue relacionada con la disuasión. Se identificó al enemigo potencial, la Unión Soviética, se estableció que las ciudades eran los únicos objetivos adecuados y se enfatizó el decisivo valor de la sorpresa. Pero pronto surgieron críticos; Bernard Brodie argumentaba que el elemento sorpresa podía ser menos importante de lo que generalmente se creía. Si había que aceptar las represalias, ninguna victoria valía la pena.

Los axiomas básicos fueron, pues, rápidamente identificados: la imposibilidad de defensa, la desesperante vulnerabilidad de las ciudades, el atractivo de un ataque inesperado y la necesidad de represalia.

El AN resucitó las teorías del bombardeo estratégico de Douhet y la preponderancia del factor ofensivo, pero, una vez más, Brodie señaló un camino inesperado:

«Hasta ahora, el propósito principal de una Institución militar ha sido ganar guerras. A partir de ahora su principal propósito debe ser evitarlas»

El hilo central de la obra, como ya hemos indicado, es el debate estratégico. La introducción de la bomba atómica, la evolución de la Guerra Fría y, en consecuencia, la búsqueda de una estrategia era una tarea compleja. Quizá un primer elemento clarificador lo señaló Truman, *«tienes que comprender que esto no es un arma militar»*. Desde entonces, se hizo evidente que la bomba tenía límites respecto a su valor político y militar.

El debate se movía entre polaridades. Si se asumía que el AN constituiría forzosamente el elemento central de la estrategia norteamericana, se debía precisar si era un arma de primer o último recurso, de propósito ofensivo (someter al enemigo) o defensivo (impedir una invasión de Europa Occidental), de valor político o militar. Esta indefinición acompañará a la estrategia nuclear en todo su recorrido. El debate se ampliará; objetivos contra ciudades o contra fuerzas, guerra nuclear total o limitada, sorpresa o seguridad ... En los 35 años que cubre el estudio van superponiéndose ideas, doctrinas, estrategias, nunca bien definidas y en ámbitos inciertos. Freedamn los recoge y los ordena, y a grandes rasgos nos habla

de una estrategia del monopolio atómico (por parte de los Estados Unidos), las represalias masivas, la guerra nuclear limitada, la disuasión graduada, la respuesta flexible, la estrategia del conflicto estable, la destrucción asegurada, la suficiencia, la paridad y las opciones selectivas.

Durante estas etapas y procesos, las ideas fluyen, avanzan y retroceden, pronostican y se retractan... Esta diversidad nos manifiesta el carácter profundamente psicológico de la estrategia nuclear.

Así, es fundamental resaltar el doble aspecto psicológico y cuantitativo de la estrategia nuclear. La percepción de la voluntad y las ideas sobre el uso del AN por el potencial adversario genera un campo inagotable de especulaciones. Por otra parte, la tecnología y la carrera de armamentos forman el esqueleto cuantitativo de la rivalidad estratégica.

En este punto, propongo agrupar en dos líneas de trabajo el libro de Fredman. Una, el debate estratégico en los Estados Unidos. Dos, el debate de las otras potencias, para finalizar con unas breves consideraciones.

La desorientación estratégica arranca de las ideas generadas en la Segunda Guerra Mundial. La guerra total suponía que la victoria dependía de la utilización efectiva de todos los medios disponibles. Las ciudades eran objetivos legítimos y el bombardero de largo alcance un instrumento más de desgaste.

Pero la bomba atómica no era sólo «otra arma», tenía repercusiones y ramificaciones que iban más lejos de las experiencias militares conocidas hasta entonces.

Ya en los primeros años del monopolio nuclear americano surgió el concepto de represalia y una idea asociada sobre el uso del AN:

«Para un posible agresor debe quedar bien claro que un ataque a los Estados Unidos sería seguido de un contraataque de dimensiones devastadoras.

Nuestra primera línea de defensa es la capacidad de devolver un golpe incluso después de haber recibido el golpe más fuerte que el enemigo pueda asestar». (General Arnold, 1946)

En el pensamiento estratégico de la posguerra anidaba la certeza de la inevitabilidad de un ataque masivo por sorpresa como principio de cualquier guerra. La agresión suponía realizar el primer movimiento militar. El AN era un arma de «agresión y de terror» y la sorpresa alcanzaba un valor supremo. No obstante, el ataque sorpresa no se relacionaba con el estilo

americano de hacer la guerra, ni con su cultura social y estratégica, aunque no se renunciaba a su uso (la crisis de Berlín de 1948 fue determinante).

Con el acceso soviético al AN las ventajas se nivelaron y se buscó una forma de solventar el emparejamiento atómico. Se trató de conseguir superioridad con la bomba H (la «super») o de buscar estrategias alternativas mediante las armas nucleares tácticas (ANTs), tratando de devolver la batalla al campo de batalla. Los Estados Unidos redactaron el documento NSC-68 (1950), definido como política de contención ante lo que consideraban como una agresión expansionista soviética. No se renunciaba al primer uso nuclear. No obstante, en la primera oportunidad bélica (Corea 1950), el AN quedó apartada de los planes de guerra de los aliados.

En 1954, J. F. Dulles anunciaba la doctrina conocida como «Represalias Masivas». Se basaba en una amenaza indiscriminada a cualquier agresión de signo comunista. La esencia de esta doctrina descansaba en la ambigüedad y la incertidumbre. «Un agresor potencial debe saber que no puede establecer siempre las condiciones de batalla que a él le convengan...». Se trataba de: «*Disponer de una gran capacidad de represalia inmediata, con medios y en lugares a nuestra elección*»

El estancamiento nuclear y el miedo a las represalias abrió el camino a la posibilidad de una Guerra Limitada. Liddell Hart sostenía que la guerra total significaba que el objetivo, esfuerzo y grado de violencia eran ilimitados. Con las ANs esto conduciría al suicidio mutuo. Por lo tanto, la moderación debía imponerse ante las nuevas realidades. La credibilidad sólo se conseguiría cuando los medios de disuasión fueran proporcionados a los objetivos en juego (R. Osgood). H. Kissinger también descartó los conceptos de guerra total y victoria total. Los objetivos debían ser moderados, ya que no era posible una rendición incondicional a coste aceptable. La política debería regir más que nunca el curso de la guerra.

La condición previa para una política de guerra limitada es introducir de nuevo el elemento político en nuestro concepto de guerra y descartar la noción de que la política termina cuando empieza la guerra o que la guerra puede tener propósitos distintos de los de la política nacional.

Kaufmann citaba:

«La suposición esencial de este tipo de conflictos, que parece corresponderse exactamente con la realidad en las condiciones existentes, es la pretensión de un individuo calculador con una multiplicidad de

valores, consciente del coste, del riesgo y de la ventaja y capaz de obtener deducciones significativas de actos simbólicos».

La dificultad fundamental consistía en decidir qué objetivos eran lo suficientemente moderados para permitir llegar a un compromiso final, aunque lo suficientemente valiosos para incitar a la necesaria movilización y al riesgo que incluso la guerra limitada requería (Freedman).

A pesar de la moderación el resultado fue siempre frustrante y el estancamiento persistió; *«las guerras limitadas son sólo episodios de tensión e irritación crecientes y de incesante afán por conservar una posición política o por conseguir una ventaja política».* (James King, «Limited War», 1957).

En este entorno surge la Disuasión Graduada, término acuñado por L.Hart en el cual la propuesta principal era que el castigo debía corresponder al delito.

La posibilidad de una guerra nuclear se sentía remota, pero citaba Brodie *«mientras exista un riesgo tangible de guerra, hemos de interesarnos por el resultado».* El impacto que Pearl Harbour ha dejado en la cultura estratégica de los Estados Unidos ha provocados infinidad de estudios sobre vulnerabilidad, sorpresa, disuasión, represalia y guerra preventiva. Tres citas muy afortunadas captan la esencia de esta preocupación:

«Disuadir al atacante implica estar en condiciones de golpear el segundo». (Wohlstetter)

«Una condición previa para la disuasión es una fuerza de represalia invulnerable». (Kissinger)

«La credibilidad descansa en la voluntad de aceptar la represalia del otro». (H.Kahn)

A pesar de los temores, el criterio oficial era que el equilibrio se mantendría estable en un futuro previsible. Sin embargo, existía una preocupación por la dialéctica ofensiva-defensiva impulsada por la revolución tecnológica permanente. Kissinger reconocía en 1960 que un importante factor de inestabilidad era la propia cadencia del cambio tecnológico. Esa dialéctica creó un «temor recíproco a un ataque por sorpresa» (T. Schelling) . No obstante, la prima del ataque por sorpresa se reducía drásticamente si ambos bandos estaban seguros de que sus fuerzas sobrevivirían al primer ataque con la capacidad suficiente para infligir al adversario una represalia devastadora. En suma, la hegemonía de la ofensiva cedía el lugar preferente a la hegemonía de la disuasión. *«El arte del combate perdió su importancia cuando el objetivo se convirtió en disuadir»* (Freedman).

La esencia de la estrategia era que cualquier uso o amenaza de uso de ANs debía considerarse como un acto esencialmente político, reduciéndose la importancia de las consideraciones puramente militares. La situación se concebía como de empate, consagrándose una estrategia de conflicto estable. Esta situación favoreció la aparición de una literatura brillante y cautivadora sobre sistemas de conflicto, investigación operativo y teoría de juegos, concebida como un medio para reducir problemas estratégicos a una forma gestionable.

La estrategia del conflicto estable abrió los campos del control de armamentos y la negociación. En consecuencia, se introdujo una premisa básica, el antagonismo incompleto, esto es, las superpotencias no debían llevar sus diferencias ideológicas e intereses geopolíticos demasiado lejos.

La innovación tecnológica y la creación de una amplia gama de armamentos avivó el concepto de proporcionalidad, entendido como una fuerza militar suficiente para la agresión y el castigo correspondiente al crimen. A su vez, esta gama de opciones sugirió en H.Kahn la idea de escalada. Existía la posibilidad de competir en distintos niveles de violencia y Kahn representó gráficamente esta competencia en una escalera de 44 peldaños, el último correspondiente a la guerra espasmódica. El dominio de la escalada se definía como la capacidad de disfrutar de ventajas notables en una región dada de la escalera. La esencia del mensaje de Kahn era que patrones de comportamiento controlados y discriminatorios continuaban siendo válidos incluso durante el conflicto. La escalera no equivalía a una predicción sobre el desarrollo del conflicto, sino a un modo de reflexión sobre el mismo. Durante su curso, una asimetría podría darse si uno de los adversarios gozase de ventaja en un peldaño más alto o tuviera una actitud diferente ante el conflicto.

La gestión de McNamara a mediados de los 60 introdujo nuevos conceptos: destrucción asegurada, limitación de daños y respuesta flexible.

La destrucción asegurada la definía como una capacidad clara e inequívoca para infligir un grado de daños inaceptable, incluso tras haber sufrido un primer golpe sorpresa. Estos daños se cuantificaron de un 20 a un 33% de la población y un 50 a un 75% de la capacidad industrial para la Unión Soviética.

La limitación de daños la dio a entender en su conocida declaración de Ann Arbor en 1962:

«Los objetivos militares principales... serian la destrucción de las fuerzas militares del enemigo, no de sus poblaciones... estamos

dando al posible adversario el mayor incentivo posible para que no destruya nuestras propias ciudades».

El grado de mortandad quedaba reducido a un 10% de lo estimado contra ciudades.

La respuesta flexible consistía en presentar un conjunto de opciones creíble desde una defensa convencional hasta un ataque nuclear generalizado. En este sentido, la crisis de Cuba (1962) resultó concluyente.

«La mejor estrategia era dejar que las circunstancias determinaran la elección de las armas y asegurarse de que existía un suministro amplio de todas las categorías importantes». (Kaufmann)

La Destrucción Mutua Asegurada (MAD), que pesaba como una losa en las relaciones Este-Oeste, era en sí misma la antítesis de la estrategia. Dejaba de ser útil precisamente cuando la estrategia militar se suponía que debía empezar a aplicarse: al borde de la guerra. McNamara presentó la MAD como una realidad más que como una estrategia óptima. La destrucción de las ciudades nunca fue descartada.

Hacia 1971, y cuando el equilibrio del terror era más evidente que nunca, cuando los arsenales atómicos habían alcanzado cifras espectaculares, Kissinger trató de introducir un elemento de moderación, lo «suficiente».

«En su sentido militar más estricto, significa fuerza suficiente para infligir un nivel de daño a un agresor potencial suficiente para disuadirle de atacar... En un sentido político más amplio, lo suficiente significa el mantenimiento de las fuerzas adecuadas para evitar que nosotros y nuestros Aliados podamos ser coaccionados»

Este nivel de fuerzas se apoyaba en la triada estratégica heredada de la era Kennedy, esto es, los misiles intercontinentales (ICBMs), los misiles balísticos lanzados desde submarinos (SLBMs) y los bombarderos estratégicos.

Directamente imbricado a la suficiencia aparecía el concepto de «paridad». Estados Unidos disfrutaba de una ventaja en bombarderos y tecnología (desarrollo de ojivas múltiples y misiles crucero). La Unión Soviética disponía de un arsenal muy numeroso de ICBMs y misiles de alcance intermedio. Todos los criterios, también la capacidad antimisil (ABM), fueron considerados para fijar techos en los tratados sobre limitación de armamentos (SALT).

La paridad, la suficiencia, el conflicto estable no fueron unánimemente aceptados por los críticos nucleares. Las nuevas tecnologías, con las mejoras en movilidad, precisión y mando y control, deterioraron el consenso; sería posible retomar la guerra nuclear limitada evitando la MAD.

«Las nuevas tecnologías permitirían realizar ataques precisos y discriminativos contra los objetivos militares, Industriales Y de transporte que constituyen el nervio y el músculo del gobierno que desencadena la guerra». (Fred Iklé)

Panofsky, por el contrario, argumentaba: *«La situación de ser los adversarios rehenes uno del otro constituye un hecho objetivo perfectamente inelástico a todo cambio de la estrategia política».*

En este punto, Schlesinger citaba los cuatro requisitos para una disuasión nuclear creíble: capacidad de represalia, equivalencia esencial, variedad de opciones limitadas y gama y magnitud de capacidades para que todos perciban que somos iguales a nuestros competidores más fuertes.

Suficiencia estratégica, equivalencia esencial, opciones selectivas, incluso la propuesta de Carter de guerra limitada y prolongada (PD-59 de 1980), todos constituían variaciones de la estrategia flexible, diseñadas bien para la planificación militar o para el uso en caso de que la disuasión fracasase.

Sin embargo, a principios de los 80 la situación estaba cambiando. Se identificaron nuevos objetivos (la cultura política y estratégica soviética y sus dirigentes) y se argumentó sobre la superioridad estratégica, aunque autores como Kissinger se mostraron escépticos:

«¿Cual es su significado político, militar y operativo a estos niveles de cifras?. Cada aumento de poder no representa necesariamente un aumento de fuerza política utilizable».

Los más entusiastas, como Colin Gray escribían «Victory is possible», abriendo el camino a una estrategia donde se pusiera en entredicho el antagonismo incompleto, la aceptación de intereses geopolíticos e ideológicos ...

El libro recoge, con menor intensidad, el debate estratégico de las otras potencias y sus implicaciones en el debate estadounidense. Señalaremos aquí la línea argumental más significativa de cada una de ellas.

En el debate de la Unión Soviética destacaremos el cambio espectacular que se produjo a mediados de los 50. La doctrina stalinista estaba fundamentada en los «factores operativos permanentes», esto es, la fuerza de

la retaguardia, la moral del ejército, el número y calidad de las divisiones, el armamento del ejército y la capacidad organizativa de los mandos. El rasgo principal era el volumen y la cantidad. La sorpresa estratégica era un factor transitorio. El punto central de la estrategia era la batalla terrestre.

Las reformas vendrían de la mano del general Talensky (1953) y Sokolovsky (1962). La estrategia soviética se movió hacia la tecnología y la sorpresa. El ICBM surgió como el arma emblemático de la nueva estrategia. Se tenía la certeza de que era posible luchar y ganar una guerra nuclear. A la ventaja de los arsenales se sumaban otras no específicamente nucleares: los recursos humanos, el secreto y la convicción ideológica.

Mao definió en 1946 la bomba atómica como tigres de papel, con posibilidades muy inferiores a las ofrecidas por la guerra popular. Aun así, a mediados de los 60 desarrolló una modesta capacidad nuclear orientada hacia la Unión Soviética.

El Reino Unido descartó la posibilidad de un desarrollo independiente del arma nuclear y se sumó a los programas americanos. Los mismos estrategas nucleares británicos quedaron en inferioridad frente a la competencia técnica y los recursos desplegados por los norteamericanos y aceptaron, complacidos, formar parte del «segundo centro de decisión».

El debate en Francia fue mucho más rico. Gallois y la disuasión proporcional, Beaufre y la disuasión multipolar, Ailleret y la defensa «tous azimuts» sentaron los fundamentos teóricos de la política nuclear gaullista.

La OTAN, finalmente, aceptó los condicionantes nucleares norteamericanos. Los intentos para crear una fuerza nuclear independiente nunca fueron satisfechos:

«En lo más profundo del pensamiento alemán, la FML (Fuerza Multilateral) se ha concebido y todavía se concibe como el equivalente alemán a la disuasión independiente británica y francesa». (Alastair Buchan, 1964)

Como últimas consideraciones diré que rica, profunda e indispensable; así es la obra de Freedman para aquellos que deseen investigar la estrategia nuclear y especialmente el debate estratégico en los Estados Unidos. Un apéndice, que su final la presente obra entrevea, completaría el periodo de la Guerra Fría como tal.

En este apartado traeremos algunas reflexiones del autor sobre aspectos teóricos de la estrategia nuclear.

Freedman acepta la definición de L. Hart: «*Estrategia es el arte de distribuir y aplicar medios militares para alcanzar objetivos políticos*». Freedman reconoce que debido a la preocupación y a la fascinación por los nuevos medios (ANs), se han olvidados los fines para los que se podían usar. «*La estrategia se separó de la diplomacia y del análisis de Intereses, valores y motivos*».

Otro aspecto que el autor resalta es la confusión existente entre estrategia y táctica cuando del ámbito nuclear se trata. El AN, por su alcance y destrucción, era considerada como un arma estratégica. La estrategia se refiere a la relación general entre los medios militares y los fines de la política, mientras que la táctica se relaciona con la aplicación específica de los medios militares. Debemos ser cuidadosos con la denominación de armas nucleares tácticas, alcance estratégico, etc... que pueden resultar inexactos.

Otro punto interesante ha sido la convicción generalizada de que la tecnología era determinante en la estrategia, que la tecnología aportaba la principal fuente de inestabilidad y que todo progreso tecnológico se traducía en un adelanto correlativo en el arte de la estrategia. La misma tecnología nos ha conducido a un interés creciente y desorbitado por el aspecto cuantitativo y, de nuevo, de los medios.

Sin embargo, las percepciones, el valor intrínseco de la amenaza, las especulaciones sobre el comportamiento del contrario, la línea abierta de negociación y entendimiento, no han quedado oscurecidos por el impacto tecnológico.

Esta correlación de ideas: medios-fines-política-estrategia-táctica, tecnología-componente psicológico, conforman el fundamento profundo de la estrategia nuclear en el entorno de la Guerra Fría que, aun sin tener el protagonismo de antaño, continúa vigente como bagaje intelectual y herramienta de análisis en las relaciones internacionales y el estudio moderno de la conflictividad.